

PRESENTACIÓN

Cuando hablo aquí de “crecer en la fe” me refiero a la fe cristiana, es decir a la fe en la persona de Jesucristo y en Dios como Padre querido, suyo y nuestro. Hay otros caminos de la fe en Dios, muy dignos de estima, que no pasan por la persona de Jesucristo. De ellos no voy a hablar.

Quiero seguir el consejo de san Pablo cuando les dijo a los romanos: “Pónganse a la altura de los más humildes. No se tengan por sabios” (Rom 12, 16) Voy desarrollar esta reflexión sobre la fe de una manera sencilla, sin pretender cosas que superan mi capacidad o la capacidad de los que no tengan estudios teológicos. Estoy seguro de que estará al alcance de todos, no porque utilice un lenguaje muy asequible, sino porque ellos son sencillos y abiertos. Jesús lo dijo en un diálogo emocionado con Dios: “Te alabo, Padre, porque has dado a conocer estas cosas a la gente sencilla” (Lc 10, 21) La humildad y la sencillez más que los estudios teológicos de altos vuelos, que no todos podemos hacer, son el mejor camino de acceso al misterio de Dios y de su Hijo Jesucristo.

Han motivado esta reflexión algunas constataciones, especialmente las tres siguientes:

- a) En primer lugar la fragilidad, las carencias y enfermedades de la fe de muchos cristianos. Nuestra fe siempre es débil y necesitamos renovarla, consolidarla día a día, si no queremos que se marchite o que se vuelva una reliquia del pasado, un fósil sin vida. Eso es, por desgracia, la fe de muchos cristianos, un quiste sin vida.
- b) En segundo lugar, motiva esta reflexión el hecho de que la fe es el fundamento, la tierra firme en que se apoya y se arraiga todo lo que somos como cristianos. Y la fe es también lo que da sentido de nuestra vida. ¡Hay tantas personas que viven sin sentido, a la deriva! La fe se lo puede dar.
- c) Otro hecho que me ha movido a escribir este texto es la constatación de que corren malos tiempos y malos vientos para la fe. Antes los creyentes íbamos a favor de corriente; bastaba dejarse llevar por el ambiente religioso en que vivíamos para ser creyente. Ahora hay que creer contracorriente, porque se ha desatado un vendaval que pretende desacreditar la fe y sobre todo las instituciones religiosas, como la Iglesia. Es innegable que un turbión de increencia está arrastrando a muchas personas que se dicen cristianas pero no tienen raíces profundas que sostengan su fe.

El propósito de estas reflexiones es ayudar a crecer en la fe. En nuestro interior resuena hoy, dirigido a nosotros, el reproche que hizo Jesús a sus discípulos cuando les dijo: “¡gente de poca fe!” (Mt 8, 26). Nosotros, como los Apóstoles, reconocemos que somos gente de poca fe y le decimos: “Señor, aumentanos la fe” (Lc 17,5). Esta petición podría ser el estribillo de cada una de las páginas.

Son varias las dimensiones de nuestra fe que están debilitadas y que es necesario fortalecer. Las cuatro siguientes son importantes.

- a) Hemos de crecer en el **conocimiento** de lo que es la fe cristiana. Muchos la hemos recibido como una herencia preciosa, pero no la hemos reflexionado ni estudiado y, por ello, no está muy arraigada, es muy vulnerables a los ataques del enemigo no sabemos defenderla.
- b) Nuestra fe debe crecer también en **vigor**. Precisamente porque no tiene raíces profundas, carece de vigor y a veces, se muestra débil y muy frágil. Ante las dificultades, sucumbimos. La burla o la hostilidad de otros o del ambiente contrario a la fe, nos llevan a ocultar que somos creyentes.
- c) Es necesario crecer en **calidad**, porque nuestra fe y sus expresiones tienen mucha escoria, muchos elementos extraños a la fe verdadera; a veces tan extraños que la corrompen, la vuelven ridícula y despreciable y, en lugar de atracción, despierta rechazo en los no creyentes.
- d) Finalmente, es necesario crecer en la **coherencia** entre fe y vida. Muchos de nosotros estamos en posesión tranquila y tranquilizadora de una fe inoperante que no cambia en nada nuestro modo de vivir, que se expresa en unas prácticas religiosas que nada tienen que ver con la vida. El objetivo principal de este camino que empezamos juntos no es acumular conocimientos, sino cambiar de vida para que se desarrolle en mayor coherencia con el evangelio y se parezca lo más posible a la vida de Jesús de Nazaret, “que pasó haciendo el bien a todos” (Hch 10, 38) En otras palabras, lo más importante es crecer como seguidores de Jesús.

Para redactar este texto he leído muchos libros. Los principales son los que figuran en las notas a pie de página. Unas veces los citaré literalmente y otras no; los integraré sin más en las reflexiones que vaya haciendo.



1

CORREN MALOS TIEMPOS PARA LA FE

Ciertamente, la fe está pasando por horas bajas. No debemos cerrar los ojos a esta realidad. El abandono de la fe y de las prácticas religiosas con las que ésta se expresa y de las que se alimenta está en decadencia. Si tomamos como ejemplo, en el caso de los católicos, la participación en la misa dominical, que al fin y al cabo es la esencia de nuestra fe, las estadísticas son escalofriantes. En Bolivia más del 80% de las personas se dicen católicas, pero en la misa dominical no participan más del 5%. Sin culpar a nadie, uno no puede menos de preguntarse: ¿Qué clase de fe tienen esas personas que se dicen cristianas y no participan ni viven la realidad central del cristianismo, la Eucaristía, de la que, con razón, decimos que es “el misterio de nuestra fe”?

La Eucaristía no es un mero acto piadoso, sino que es la esencia de la fe cristiana. Es un encuentro personal y comunitario con Cristo muy comprometedor porque nos impulsa a repetir su historia dando la vida permanentemente por los demás. La Eucaristía es determinante para nuestra manera de vivir como seguidores de Jesús.

Cuando uno contempla muchos de nuestros templos, sobre todo en el primer mundo y en el centro de las ciudades, casi vacíos en las misas del domingo y observa que además la mayor parte de los

presentes son personas de la tercera edad, se siente obligado a preguntarse: ¿Qué será de la Iglesia cuando esta generación de adultos mayores vaya pasando a mejor vida? ¿A qué actividades culturales se podrán dedicar nuestros templos? No hay que ser todo un profeta para intuir que la fe, como otras realidades muy valiosas, terminará siendo cosa de pocas personas y no por eso va a perder su valor. Ya Jesús dijo que son muchos los llamados a creer y seguir sus pasos y pocos los que responden (Mt 20,16; 22, 14)

Ante esta realidad tan desafiante nos viene a la mente la pregunta que, según el evangelio de Lucas, se hizo Jesús mismo: “Cuándo llegue el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?” (Lc 18, 8) Él llega cada día y queremos que la encuentre más viva en nosotros. La calidad y coherencia de la fe de los cristianos es lo que puede atraer a más personas al seguimiento de Jesús.

Podemos distinguir dos tipos de causas del declive de la fe y de la religión: unas son externas a la comunidad cristiana y a los creyentes, como las distintas formas de increencia que existen y que atraen a algunos a engrosar sus filas; otras causas son internas, es decir, se dan dentro de los que se consideran católicos y les llevan a abandonar su fe o la práctica religiosa.

1. Causas externas. La increencia o carencia de fe en Dios

Entre las formas de increencia o de negación de Dios resaltan estas tres: el ateísmo, el agnosticismo y la indiferencia religiosa.

1.1. El ateísmo.

Hay varias formas de ateísmo. Vamos a referirnos sólo al ateísmo científico y al ateísmo filosófico humanista.

1.1.1. El ateísmo científico niega a Dios en nombre de la ciencia

Ya en el siglo XVIII, Augusto Comte decía que la humanidad ha pasado por tres etapas:

- a) La antigua en la que el hombre explicaba el origen y los fenómenos de la naturaleza recurriendo a Dios. Es la etapa de la religión.
- b) La medieval en que los explicaba recurriendo a principios filosóficos. Es la etapa de la metafísica.
- c) La moderna que los explica por principios científicos. Una vez que ha llegado la ciencia, la religión y la metafísica ya no tienen razón de ser.

Según Comte, hay que renunciar a toda explicación religiosa o metafísica de la realidad. La única explicación válida es la científica. Sólo se puede admitir lo que se comprueba mediante medios y

experimentos científicos. Con este principio delante, la cosa es muy sencilla: a Dios nadie lo ha visto, ni tocado, ni oído, ni descubierto a través de ningún experimento científico, luego no existe.

En nuestro tiempo otro científico francés ha reavivado muy convencido las tesis de Comte. Me refiero a Jacques Monod (1910-1976), premio nobel de bioquímica 1965. Refiriéndose a la explicación religiosa dice que "esos intentos arcaicos de explicación no son más que ilusiones peligrosas". En cambio, François Jacob, que fue premio de bioquímica juntamente con Monod, dice que hay hombres de ciencia perfectamente respetables, excelentes hombres de ciencia, que creen en la existencia de Dios. Pero, una vez más, esto no tiene nada que ver con la ciencia; es otro terreno". Lo dice muy bien César Numbela, presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España: "La teología es un ámbito del pensamiento diferente al científico, pero igualmente válido. La ciencia puede explicar muchas preguntas propias de su competencia, pero probar la existencia o no de Dios, es otro terreno".

Si el ateísmo científico pone a la ciencia en lugar de Dios, el ateísmo humanista, al que ahora nos vamos a referir, pone al ser humano en lugar de Dios.

1.1.2. Ateísmo filosófico.

Se trata de un ateísmo que defiende la tesis siguiente: Dios no existe, porque, si existiera, él lo sería todo y el ser humano no sería nada. Bakunin decía: si Dios existe, el hombre es un esclavo.

Para este tipo de ateos, la creencia en Dios pertenece a la etapa infantil de la humanidad y, lo mismo que el niño tiene que independizarse de sus padres para llegar a ser una persona madura, el hombre tiene que liberarse de la idea de Dios para hacerse adulto. La muerte de Dios es la condición indispensable para que el hombre pueda vivir de verdad y desarrollarse libremente, ya que Dios, si existe, no puede ser más que un tirano.

En esta onda del humanismo ateo se han movido muchos filósofos y escritores, como Nietzsche (1844-1900), Jean Paul Sartre(1905-1980), Albert Camus (1913-1960) y en nuestros días un filósofo muy leído, llamado Fernando Savater, que se declara con orgullo "ateo practicante" o militante, como lo es el científico inglés Hawking y su equipo que consiguieron poner con grandes letras en las carrocerías de los autobuses urbanos de Londres la frase: "Posiblemente Dios no existe, goza la vida".

J.P. Sartre dice que "si Dios existiera, la libertad del hombre quedaría aniquilada. "La idea misma de la existencia de ese Dios que no puede ser sino fruto de una imaginación delirante. Para que el

hombre viva tiene que morir Dios. Si Dios existe, el hombre es nada; si el hombre existe, Dios no existe". Como es cierto que el hombre existe, es claro que Dios no existe.

Esa es una concepción equivocada de Dios que nada tiene que ver con el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, que crea, engrandece y hace crecer constantemente al ser humano desde dentro de él, respetando y apoyando su libertad; un Dios que ha hecho al ser humano creador como él.

Ese Dios todopoderoso y tirano, destructor del hombre y de su libertad, cuya existencia Sartre niega, también nosotros la negamos. Después de asistir a una representación de la obra de Sartre, *Las Moscas*, el escritor católico inglés Julien Green escribió: "El dios que nos presenta Sartre es tan mediocre y tan limitado que fácilmente se comprende el ateísmo del autor respecto a un dios de ese formato. Si Dios fuera el dios de Sartre, yo sería veinte veces ateo, yo sería un ateo fanático. Pero, como tantas veces sucede, se ha equivocado de persona".

Hay que reconocer que a veces los cristianos hemos ofrecido una imagen de Dios que ha motivado justamente las críticas y el rechazo de los filósofos ateos. Lo reconoció el mismo Vaticano II que, después de indicar que "algunos ateos se representan a Dios de tal manera que, al rechazarlo, niega a un Dios que no es ni mucho menos el del evangelio", no teme afirmar que "en esta génesis del ateísmo, los creyentes pueden tener una parte no pequeña en la medida en que, por negligencia en la educación de su fe, por representaciones engañosas... se puede decir que ocultan el rostro auténtico de Dios". (GS 19). Por eso tenemos que purificar nuestra fe de imágenes falsas o enfermas de Dios, de manea que sea posible vivirla con más autenticidad y comunicarla de manea convincente a los que nos rodean.

1.2. El agnosticismo

En la lengua griega la palabra "gnosis" significa conocer o saber y "agnosis" significa no saber, porque la partícula "a" equivale a no. Ante la pregunta sobre Dios, el ateo dice que no existe, el agnóstico dice que no sabe si existe. Los agnósticos suspenden todo juicio sobre la existencia o no existencia de Dios. Como, en su opinión, no hay razones suficientes ni a favor ni en contra de la existencia de Dios, para ellos lo más correcto es abstenerse de opinar.

En el mundo intelectual de nuestros días el ateísmo ha perdido interés y fuerza. Son pocos los que profesan un ateísmo científico o filosófico. Hoy son muchos más los agnósticos que los ateos. Los agnósticos detestan las tradicionales polémicas entre los creyentes y los ateos. Defienden la colaboración social entre todos, desterrando el fanatismo, la intolerancia y el dogmatismo de unos y otros. El agnosticismo puede ser una postura humanamente digna y respetable.

1.3. La indiferencia religiosa.

El agnosticismo es una reflexión seria acerca de Dios que llega a la conclusión de que no se puede saber nada. La indiferencia religiosa, en cambio, no nace de una reflexión sobre Dios. Los indiferentes no se han detenido a pensar en Dios, porque para ellos no vale la pena. Este tema les tiene sin cuidado. El que Dios exista o no – dicen ellos - "es su problema". El indiferente vive de hecho como si Dios no existiera, no tiene ninguna inquietud religiosa. Lo que da sentido a la vida de los indiferentes no son los valores religiosos, sino el éxito profesional, el dinero, el poder, el placer, el ocio, el consumo, el deporte, etc.

En muchos casos la indiferencia, como no es fruto de una reflexión, es meramente sociológica y, por tanto, fruto del medioambiente y del desconocimiento total de la religión. Sin darse uno cuenta toma esa postura porque está ahí, en el ambiente, y es cómoda.

La existencia masiva de la indiferencia denuncia la pobreza de fe de los creyentes y su incapacidad de los creyentes para transmitir el mensaje religioso de manera que toque la vida concreta de la gente. Hablamos demasiado y, a la vez, carecemos de un lenguaje apropiado y de un testimonio de vida claro, inquietante y convincente.

1.4. ¿Vuelta a lo religioso?

No se puede negar que en muchas personas existe hoy día hambre espiritualidad y una vuelta a la religión. Pero hay que tener en cuenta que esa vuelta ni es numerosa ni es cristiana. No es numerosa, porque se trata de un número muy pequeño de personas en comparación con los que pasan cada día a engrosar la masa de los indiferentes. Y, desde luego, no es una vuelta a las grandes iglesias cristianas, ni a las grandes religiones de la humanidad. Más bien las rechazan porque no responden a sus necesidades vitales. Además, ellos no aceptan los dogmas y las leyes de ninguna iglesia. La búsqueda de espiritualidad se encamina hacia los Nuevos Movimientos Religiosos, como la New Age. En muchos casos tampoco aceptan la existencia de un Dios personal. Su religión consiste en identificarse místicamente con el cosmos y en comulgar con todas sus fuerzas y energías.

Antes de adherirse a estos movimientos la gente no se pregunta si están o no en la verdad. No interesa la verdad. Lo que les atrae es la acogida, el calor humano, la amistad, la libertad de expresión religiosa, lo esotérico.

¿Qué le dicen a nuestra Iglesia a estos movimientos? ¿Por qué ella despierta más rechazo que atracción? ¿Qué tendría que cambiar en ella para poder dar respuesta a las necesidades religiosas que la gente busca en las sectas, en las religiones "esotéricas"(ocultas) y en los Nuevos Movimientos?

1.5. El desafío de la increencia

En este mundo de creciente increencia y de rechazo de las religiones tradicionales, nos toca ser testigos de la fe. Hay que reconocer que no lo tenemos fácil. Pero esto no debe ser un motivo de desaliento, sin un estímulo para tener la valentía de creer contra corriente o, como se dice de los valientes, “contra viento y marea”. Eso nos puede ayudar a madurar en la fe, pasando de una fe heredada, infantil e inoperante, a una fe adulta, firme, lúcida y militante.

Yo creo la hostilidad contra la fe que reina en la sociedad nos va a seleccionar y en el futuro los creyentes seremos, pero más auténticos y más unidos, porque el hecho de ser minoría siempre cohesiona.

2. Causas internas del decaimiento y abandono de la fe

Son muchas las causas internas, tanto personales como comunitarias, de la crisis por la que está pasando hoy día la fe. Demás, cada persona tiene sus propios motivos para alejarse de ella. Voy a señalar algunas aún sabiendo que puede haber muchas otras y quizás más importantes.

- 1) Aunque parezca un juego de palabras, no es ninguna broma decir que una de las causas más importantes del abandono de la fe es precisamente el abandono en que algunos han tenido la fe que recibieron de niños. No la cultivaron y terminaron siendo personas adultas en todos los aspectos de su vida menos en éste. En la fe siguieron siendo niños. De ese modo, se estancaron en una **fe infantil** que pronto se les quedó corta como se les quedaron cortos e inservibles los vestidos que usaban cuando eran niños. Y llegó un momento en que, un poco avergonzados de la puerilidad de su fe, se la quitaron de encima como se quita un vestido sin sustituirla por una fe adulta. Algunos se preguntan: ¿Para qué sirve esa fe y esa religión infantiles en una sociedad adulta progresista, laicista y burlona de la fe? Concluyeron que para nada, y la dejaron.

En muchos casos la educación en la fe de las nuevas generaciones ha sido muy superficial, no ha llegado a lo más hondo de la persona y a su conciencia; ha sido, más bien, un barniz condenado a desaparecer con los primeros roces. Ha quedado frustrado el proceso de nacer de nuevo y llevar una vida nueva iniciado con el bautismo. En estos casos la fe se cae fácilmente por falta de consistencia.

- 2) Otra causa de la decadencia de fe es el **activismo y la falta de tiempo**. Una disculpa frecuente para abandonar la práctica religiosa es ésta: tengo tanto que hacer que no me queda tiempo para esas cosas. Y la expresión “esas cosas”, significa que no se valoran nada. Con frecuencia somos víctimas del activismo y de las prisas. Siempre tenemos mucho que hacer, aunque, a veces, sean tonterías o bagatelas lo que tenemos que hacer. Algunos llenan su vida de cosas, actividades y preocupaciones. Y, así, poco a poco, casi sin darse

cuenta, se van vaciando por dentro: Dios va desapareciendo de su vida. Se mueven constantemente, tratan con muchas personas. Con todas menos con Dios. Poco a poco se han ido convirtiendo en ateos prácticos, en personas que viven sin Dios. Inmersa en una red de actividades y problemas la persona va dejando la religión. La siente como algo postizo, inútil para orientar la vida y para resolver los problemas que le preocupan

- 3) En muchos casos se sustituye la fe por el culto a algunos **ídolos** absorbentes de la persona, como el dinero, el prestigio, el poder, la política, el juego¹, el pasarlo bien a toda costa. También se vuelven para algunos ídolos que les esclavizan algunas adicciones incompatibles con la fe. Viendo casualmente un concurso de una televisión extranjera con el título felino de “Atrapa el millón”, me impresionó la devoción, recogimiento y concentración profunda con que seguían los espectadores los avatares del concurso. ¿Qué espacio puede quedar en esos corazones para Dios y para el tesoro de su Reino si lo único que les entusiasma es el dinero?
- 4) Otra de las causas del abandono de la fe es acoso permanente del **medioambiente hostil**. La fe de muchos nunca fue una decisión personal, sino fruto del medioambiente religioso en el que nacieron. Se decían cristianos porque entonces todos lo eran. Luego se alejaron porque parecía que los tiempos modernos y no querían ser tachados de anticuados o “carrozas”, como se dice en algunos lugares. Algunos no han tenido fuerza para soportar el clima que se respira hoy entre nosotros. Han tenido que escuchar a veces insinuaciones y frases que les han hecho daño, como esta: “¿Sigues creyendo en esos cuentos?” Uno de los fenómenos más claros hoy es el miedo a la religión, el miedo a sentirse juzgado como un personaje extraño, de otro mundo o de la Edad Media. No está bien visto interesarse por lo religioso.

En muchos ambientes el no ser creyente es un motivo de orgullo, como lo fue en otros tiempos el ser creyente. En muchos ambientes algunos resumen de haber superado la religión. “Cada vez emerge más una sociedad poscristiana. En ella, los que se van alejando de la Iglesia creen que ya saben todo sobre el cristianismo y lo consideran sólo una reliquia del pasado, sin ninguna vigencia para el mundo actual. Por los aires de la modernidad abandonan sin ningún trauma el cristianismo como algo ya sabido y trasnochado”²

La misma palabra “religión” despierta en bastantes personas una actitud de prevención. Basta plantear el problema de Dios en un grupo para que se produzca un tenso silencio ante la persona que extrañamente saca ese tema. Es mejor cambiar la conversación para mantener la paz. Con razón decimos en algunos tipos de reuniones sociales que no se debe hablar de política ni de religión para evitar enfrentamientos. Algunos, sin optar claramente por nada, pasaron de una religión sociológica, fruto del medioambiente, a una indiferencia sociológica, fruto también del medioambiente y no de una meditada decisión personal.

¹ En algunos lugares se está extendiendo la costumbre de enterrar las cenizas de los hinchas en una zona del campo de fútbol de su equipo preferido.

² Jesús Espeja, *Jesucristo, una propuesta de vida*, Madrid 2010, p. 6

Contagiados por la increencia o por la indiferencia religiosa generalizada se fueron desprendiendo de la religión más por comodidad que por razones personales serias.

- 5) Una de las causas que más serias y que influyen más directamente en el abandono de la fe por parte de algunas personas preocupadas por el tema religioso es la aparente – real para ellos - **pasividad de Dios** ante los estragos que causa el mal. Y lo plantean con desgarradora simplicidad: si Dios existe y es bueno, si Dios es amor, como dicen los cristianos, ¿Por qué permite el mal? ¿Por qué no interviene para evitar las desgracias? ¿Por qué Dios, por más que se le pida, no salva la vida de un niño? ¿Por qué permite que muera de cáncer una madre dejando varios niños huérfanos? ¿Por qué Dios no frena el desenfreno de la naturaleza? ¿Por qué no puso su mano poderosa y detuvo el furor del tsunami que mató 300.000 personas en Sumatra? ¿Por qué no impidió el terremoto de Haití que ha sepultado a docenas de miles de personas, mayoritariamente muy pobres? ¿No es él el Dios de la vida, el Dios de los pobres? ¿Por qué no lo demuestra? Son preguntas de difícil respuesta, que han llevado a algunos a dejar de creer.

Ante el desastre provocado por el terremoto de Haití una persona escribió: “esto me hace dudar de que exista un Dios misericordioso y justo. ¿Por qué siempre les toca a los más pobres? Otra escribió con terrible ironía: “A mi me importa mi perro. A Dios no le importamos nada. Esa es la diferencia”. Pero no faltan personas, especialmente de las sectas que interpretan estos desastres naturales como castigos de Dios. Y eso es todavía peor.

El mismo día que se produjo el terremoto de Haití, en Méjico se hundió la techumbre de una Iglesia. Como quedaron intactas las imágenes del Crucificado, de María y de algún santo, la gente exclamó: ¡Milagro! ¿Qué Dios es ese que se preocupa por las imágenes de madera o yeso y se olvida de las personas de carne y hueso que él hizo a su imagen? ¿Por qué intervino ahí y no en Haití? Por supuesto que no hay que ver en eso un milagro, una intervención de Dios para salvar unas imágenes materiales. La imagen de un Dios milagrero que interviene a capricho es sumamente peligrosa para la fe. Se convierte en un laberinto sin salida.

Varios siglos antes de Cristo el redactor del salmo 41 se quejaba diciendo: “todo el día me preguntan: ¿dónde está tu Dios?” Eso mismo nos preguntan hoy muchas personas desconcertadas ante las injusticias, las masacres y las catástrofes: ¿Dónde está Dios?

Seguramente también nosotros nos hemos hecho esas preguntas y reconocemos que estamos ante uno de los problemas más difíciles que se le plantean a nuestra fe. Y no es nuevo. La humanidad lleva muchos siglos buscando una respuesta a la presencia del mal y de los malvados en el mundo y al daño que hacen a los inocentes. ¿De dónde viene el mal? Algunas religiones antiguas creyeron solucionar el problema del mal diciendo que había un dios el bien y otro del mal. Todos los males procedían de este último. A nuestros antepasados en la fe, los israelitas, esa solución no les servía, porque ellos eran

monoteístas, es decir, creían en la existencia de un solo Dios. Encontraron una solución parcial cuando trajeron de Persia, después del destierro de Babilonia, la creencia en los demonios y en Satanás, atribuyéndoles a ellos el origen de los males. Por eso detrás de algunas enfermedades, accidentes o catástrofes veían la presencia y la acción de Satanás. Él era el padre de todos los males.

Tampoco esta solución nos vale a nosotros. Es posible que nunca podamos dar una respuesta convincente a este problema porque, dentro de la lógica humana, no cabe que Dios sea bueno y exista el mal.

Nosotros pensamos que Dios es el totalmente Otro y que la lógica de su comportamiento es también totalmente otra. En definitiva nos topamos con el misterio y quizás la mejor respuesta sea el silencio del no entender, que a unos los lleva a retirarse y a otros a abrazar el misterio del Dios comprensivo, pero incomprensible.

Otra manera de enfocar el problema es desde la fe en Jesús y lo que ocurrió con él, que fue también una persona inocente asesinada cuando tenía poco más de 30 años. Él también se sintió abandonado de Dios en la desgracia y se lo dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 33) Quizás no podía comprender la actitud de su Padre, pero la aceptó porque, aunque en ese momento no lo entendiera, antes había tenido la experiencia indudable de que Dios era su Padre entrañable. Lo entendió cuando Dios lo resucitó de entre los muertos.

En una ocasión, por encargo de su familia, tuve que decir a una joven internada en un hospital con cáncer terminal. Cuando, con temor a su reacción, comencé a insinuárselo con la pregunta “¿y si lo que tienes fuera maligno?”. Como si hubiera tocado un resorte, me dio una respuesta inmediata que me dejó profundamente conmovido. Me dijo: “Ah, Dios es mi Padre y sólo puede querer para mí lo mejor”. Esa es una respuesta de fe al problema del mal. Evidentemente para el que tenga una lógica férrea y a la vez una fe muy débil o no la tenga, esta respuesta no vale. No cabe en su cabeza por ilógica. Pero seguramente Dios tiene otra lógica que no entendemos.

- 6) **El mal testimonio de la Iglesia y de los creyentes.** No podemos negar que el comportamiento escandaloso de los cristianos, especialmente de la jerarquía, los sacerdotes y los laicos comprometidos influye, a veces en el abandono de la fe por parte de algunas personas. Sería una ceguera negarlo. Hay personas que se alejan de la Iglesia simplemente por una mala respuesta de un sacerdote, diciendo: “nos hace perder la fe”. Es claro que la fe que se pierde por motivos tan banales era fe banal. Y no la han perdido porque, en realidad, no la tenían. Los verdaderos cristianos no creen en los sacerdotes ni en otras personas

“comprometidas” con la Iglesia, creen en la persona de Jesucristo, que nunca decepciona; creen en lo que él ha enseñado; creen en una Iglesia de Jesús empeñada en ser fiel a su Señor.

Hay quienes se decepcionan de las posturas trasnochadas que toman algunas autoridades eclesiásticas ante ciertas realidades, acontecimientos y problemas y dice que no se siente bien en una Iglesia tan pietista, ajena a los problemas sociales y tan anticuada; no comulgan con las ideas tan cerradas de la Iglesia y se sienten en desacuerdo con su actuación intolerante, rigorista, poco comprensiva, y misericordiosa y además machista, y por eso se alejan de la práctica religiosa.

Más influencia han tenido en la pérdida de la fe o en el alejamiento de la Iglesia ciertos escándalos de los creyentes, sobre todo si se trata de ministros de la Iglesia. Pensemos, por ejemplo, en los estragos que han causado en la fe de muchos católicos los escándalos de pederastia o pedofilia de algunos sacerdotes, que, aún siendo sólo casos aislados, los medios de comunicación los generalizan y agrandan. Algunas víctimas han roto la partida de bautismo públicamente como señal de su alejamiento definitivo de la Iglesia. Ciertamente esto es muy doloroso y ha llevado al Papa a pedir perdón a las víctimas y a sancionar severamente a los culpables. Pero el daño está hecho.

No obstante, y por doloroso que esto sea, si uno tiene una fe firme en Jesucristo, esos escándalos no son motivo suficiente para abandonarla, ya que Jesús, como lo hace ahora la Iglesia, fue muy duro en la condenación de los escándalos, diciendo: “Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al fondo del mar” (Mt 18, 6) Lo lógico es rechazar esos escándalos y seguir los pasos del Jesús que los condena, en lugar de abandonarlo. Pero, bajo ciertos impactos que conmueven profundamente nuestros sentimientos, la lógica racional no funciona. Además, la fe no es sólo cuestión racional; cree o deja de creer la persona entera, con toda su inteligencia y emotividad.

Después de esta descripción que pone ante nuestros ojos la creciente pérdida de fe, tenemos que reaccionar. La primera reacción es ésta: necesitamos formación, necesitamos crecer en la fe, robustecerla. Ese el objetivo de esta reflexión que quiero compartir con quienes tengan interés y paciencia para leer este escrito.

Para el diálogo

- 1) *¿Cuáles son las causas más importantes del declive de la fe?*
- 2) *¿Tienes algunos ídolos que acaparan tu interés y absorben tu tiempo y no dejan lugar para cultivar la amistad con Dios y con Jesucristo?*

- 3) *Todos tenemos a veces dudas de fe, y son saludables, porque nos llevan a reafirmarla. ¿Cuáles son las dudas que te asaltan con más frecuencia?*
- 4) *¿Cuántas horas diarias dedicas a la TV y al internet?*
- 5) *¿Qué tendríamos que hacer para fortalecer nuestra fe?*



2

LAS ENFERMEDADES DE LA FE

Hasta aquí hemos hablado de las causas de la crisis que está viviendo la fe. Ahora voy a hablar de algunas enfermedades de la fe de los cristianos; enfermedades que todos padecemos en menor o mayor grado. En algunas personas la enfermedad es tan grave que su fe está en estado crítico, en coma, y sólo ocasionalmente da algunas señales de vida. Cuando hablo de enfermedades me refiero a las fallas graves que invaden nuestra fe como un virus y le impiden crecer, desarrollarse. Entre ellos que voy a resaltar los siete siguientes: La fe de algunos cristianos no es personal ni cristiana, es mágica y egoísta, está afectada por una grave ignorancia religiosa, utiliza imágenes de Dios enfermas y está divorciada de la vida.

Este diagnóstico puede molestar a algunos, como nos molesta el descubrir una enfermedad física. Si nos ponen el dedo en la llaga, duele, pero es necesario hacerlo para curar todo lo que nos impide crecer en una fe auténtica y madura.

1. No es personal.

La fe de muchos cristianos no es personal, sino hereda o sociológica. No es personal porque no es el resultado de una opción, de una decisión personal libre y consciente; es una fe simplemente recibida, pero no asumida con ilusión o como dicen los huelguistas, “hasta las últimas consecuencias”.

- a) Es una fe **heredada** de los padres o los abuelos. Ellos nos dejaron esa preciosa herencia. Casi todos fuimos bautizados sin darnos cuenta y nos convertimos en creyentes y practicantes de la religión católica, igualmente sin darnos cuenta. Nuestros padres eran creyentes, rezaban, iban a misa y realizaban otras prácticas religiosas. Desde que éramos muy pequeños nos enseñaron a hacer lo que ellos hacían. Unas veces con rebeldía y otras tranquilamente, lo hemos aceptado. Y tenemos que estar agradecidos por ello. Por desgracia, hoy día muchos padres que se dicen católicos y que bautizan a sus hijos, no los educan en la fe ni son ejemplo de práctica religiosa para ellos. En este caso no les transmiten una fe, aunque sea heredada, sino que les dejan en herencia un ateísmo práctico. Sea como sea, tiene que llegar un momento en la vida en que conscientemente decidamos ser creyentes o no. Las dudas de fe que a veces nos asaltan, si se toman en serio, pueden ayudarnos a reafirmar consciente y responsablemente la decisión de ser creyentes. Sin esta opción personal, nuestra fe está enferma.
- b) Es una fe **sociológica**. Las creencias que tenemos pueden ser también producto de la sociedad en que vivimos. En este caso se reduce a un conjunto de creencias, de prácticas y de modos de comportarse que son comunes no sólo en la familia sino también en la sociedad y las absorbemos sin darnos cuenta. Nacimos en un país católico, en una sociedad católica, y hemos asumido las creencias de esa sociedad, lo mismo que hemos asumido el idioma, las costumbres y comportamientos que están también ahí, en el ambiente social. Si hubiéramos nacido en un país musulmán habríamos asumido sus creencias, costumbres y prácticas religiosas y sociales y seguramente adoraríamos con gran fervor a Alá, de cara a la Meca y profundamente inclinados. Como dice Juan Antonio Estrada, “pertenece a una religión determinada, porque hemos nacido y nos hemos desarrollado en ella. Desde esta perspectiva, no hay razones para la fe, sino circunstancias que la hacen posible. El problema reside en pasar de una fe recibida a una fe asumida de forma libre y autónoma”. Para ello es necesario cuestionar nuestra fe.

Son pocos los cristianos que se han detenido para preguntarse: ¿Por qué soy cristiano? ¿Por qué creo? ¿En qué creo? ¿Qué razones tengo para seguir creyendo? Son muy pocos los que se han hecho estas preguntas y después han decidido por sí mismos, libre, personal y responsablemente, creer o no creer. En consecuencia, son pocos aquellos cuya fe, además de gracia, es una decisión personal. ¡Y tendría que serlo! De lo contrario, poco o nada va a influir en su modo de vivir;

persistirá el divorcio entre fe y vida. La fe es un don que Dios ofrece a todos, pero sólo es creyente el que acepta ese don y lo cultiva.

2. No es cristiana.

La fe de algunos cristianos no es cristiana, porque el punto de partida y el centro de esta fe no es Jesucristo, sino un Dios común a todas las religiones; un Dios lejano y todopoderoso difícil de encontrar y cuyo poder hay que conquistar, a base de ofrendas y sacrificios, para tenerlo a favor y no en contra.

¿Cuándo es cristiana la fe? Lo más originario, específico y nuclear de la fe del cristiano no es creer en Dios, así, directamente, sino creer **en** Jesucristo y **a** Jesucristo; creer que resucitó y vive, dejar que él entre en nuestra vida y la cambie de rumbo. Creer en Jesús implica estar convencidos de que nos acompaña hasta el fin del mundo, como prometió a sus discípulos (cf. Mt 28,20).

Lo repito y lo repetiré más veces el primer paso de nuestra fe es este: **creo en Jesús**, me uno a él, me fío de él, me pongo en sus manos. Y el segundo es este otro: **creo a Jesús**, es decir, acepto todo lo que Él enseñó. Y dentro de lo que él enseñó está en primer lugar Dios, un Dios, que no es como el de los filósofos ni como el Dios de otras religiones, sino que es Padre y Madre, un Dios que nos ama entrañablemente y por eso nos ha hecho hijos suyos y nos permite que le digamos con toda familiaridad "Papá" (cf Gal 4,6). Nosotros creemos en el Dios de Jesús, por eso nuestra fe comienza por Jesús. El hecho de creer en Jesús y creer a Jesús nos lleva a lo más esencial de la fe cristiana, que es **seguir a Jesús**.

No creemos en el Dios lejano e inasequible de las religiones, en un Dios que hay que buscar fatigosamente, sino en un Dios que se adelantó a buscarnos, porque nos amó antes de que nosotros lo conociéramos y lo amáramos y nos envió a su propio Hijo para que fuera el punto de encuentro entre Dios y nosotros.

Hay que reconocer que la fe de muchos cristianos no es cristiana porque ni ha seguido este proceso ni está estructurada en torno a la persona de Jesucristo. En ese caso es una fe inmadura e inconsistente porque carece de lo más nuclear, que es la adhesión a la persona misma de Jesús.

3. Es una fe mágica

Ciertas prácticas religiosas y el modo de hacerlas ponen de manifiesto el carácter mágico de la fe de algunas personas. Es mágica una fe que no se basa y se expresa en una relación personal y libre con Jesucristo y con Dios Padre, sino en ritos, gestos, prácticas y acciones encaminadas a conquistar de manera automática los poderes divinos y ponerlos en favor de uno mismo. Mágica es la fe que algunos ponen en las cadenas de oraciones, como las 81 copias de la oración a S. Judas que tienen que depositar en bloques de a 9 y en 9 en altares diferentes para conseguir beneficios o evitar males graves. Si se cumple ese rito con exactitud, surge efecto automáticamente,

independientemente de la relación personal que uno tenga con Dios, incluso aunque no le hable, porque tenemos la clave para abrir, aunque Dios no se entere, el depósito de las gracias que le pedimos a través de un santo. En algunas devociones ha mucha cabalística porque se piensa que cualquier fallo en el procedimiento las invalida, por ejemplo, el que los primeros viernes o sábados de mes no sean seguidos. La confianza en ese tipo de ritos es lo que revela que la fe está infectada de magia. Esa es una fe enferma. La fe sana consiste en una relación personal y amorosa con Dios. Consiste en poner totalmente la confianza en él y no en los ritos y gestos religiosos

4. Es egoísta

También, a veces, la fe está enferma de egoísmo, que es el peor de los virus; el que más estragos hace en las relaciones humanas y en la relación con Dios. La fe es egoísta cuando tiene como objetivo final, no a Dios sino a uno mismo y los propios intereses. El teólogo alemán, D. Bonhöffer, dice que para algunos cristianos la religión es como una farmacia espiritual en la que se buscan remedios para determinados males y carencias, pero no se busca a Dios. El cristianismo no consiste en el empeño del ser humano por alcanzar a Dios y manejarlo, sino que es el empeño de Dios (en Cristo) por alcanzar al ser humano, por manifestársele él y sus planes de salvación; es el empeño de Dios por reconciliar a la persona consigo misma, justificarla y salvarla. La religión cristiana consiste ante todo el amor que Dios nos tiene, un amor que nos exige olvidarnos de nuestros intereses y amarle a él y a nuestros hermanos. La religión verdadera es solidaridad, donación, gratuidad. Jesús decía a sus discípulos: cuando piensen invitar a alguien, inviten a los pobres, a quienes no les pueden pagar (Lc 14,13-14). La fe auténtica no es para sacarle algo a Dios, sino para sacarnos a nosotros mismos de nuestro egoísmo y entregarnos a Él y a los demás, especialmente a los más necesitados.

Una fe que no lleva al amor, a la solidaridad con los necesitados y al servicio generoso de los demás, sino que lleva a pensar sólo en sí mismo y en los beneficios que puede sacarle a Dios, no sólo está enferma, es que ni siquiera es fe.

¿Entonces no se le puede pedir nada a Dios en la oración? Sí se puede, pero de eso hablaremos en otro momento.

5. Está aquejada de grave ignorancia religiosa.

Muchos cristianos ignoran hasta lo más elemental de la vida cristiana. Son muy pocos los que conocen los principios fundamentales de su fe; los que saben quién es Jesucristo y qué importancia tiene su resurrección o qué es la Iglesia o los sacramentos, la eucaristía sobre todo. Y menos aún los que saben leer, interpretar la Biblia y llevarla a la vida. Cualquier sectario con cuatro versículos mal interpretados los deja en ridículo.

Un indicador importante es su desconocimiento de algo tan característico del católico como es la Eucaristía. Se dice que el 80% de los bolivianos son católicos. Pero van a misa aproximadamente un 3%. Además la mayor parte de ese 3% entienden la misa como un rito o una devoción que les puede ser útil para cumplir una ley, una promesa, sacar un alma del purgatorio o conseguir determinados

favores que necesitan; no la viven como un encuentro con Cristo Resucitado, como una experiencia real del amor extremo de Cristo, de la donación de toda su persona y su vida y por eso no es para ellos una experiencia que los lleve a comprometerse en seguir los pasos de Jesús. Extrañamente, la eucaristía se ha convertido en el culto ritualista que Jesús fustigó duramente en la religión judía de su tiempo, que se contentaba con honrar a Dios ofreciéndole incienso y sacrificios de animales (ritos) y no la propia persona y la propia vida, como hizo Jesús.

6. Utiliza malas imágenes de Dios

Algunos creen en un Dios castigador y viven la religión del miedo. Otros creen en un Dios que pide sacrificios para aplacarse y perdonar nuestros pecados o en un Dios lejano, externo al mundo y a la vez persistentemente intervencionista, un Dios que ya lo tiene todo decidido y lo decidido por él se cumplirá inexorablemente. Algunos piensan en un Dios legalista que amarra nuestra libertad con la infinita telaraña de sus prohibiciones. Ninguna imagen es adecuada para representar a Dios, pero algunas son muy malas y hasta perversas porque nos ofrecen un dios sádico. Para nosotros Dios es Padre y Madre que nos envuelve permanentemente en su amor, incluso cuando nos olvidamos de él o lo rechazamos.

7. Está divorciada de vida.

Finalmente y a consecuencia de las enfermedades de la fe que he mencionado, algunos de los que se llaman cristianos lo son únicamente de nombre. Aún en el caso de que participen en las celebraciones litúrgicas y reciban los sacramentos, cosa que cada día es menos frecuente, su vida poco tiene que ver con la fe y el seguimiento de Jesús. En cuanto a la **coherencia de vida**, es decir, en cuanto a vivir como vivió Jesús y como él nos enseñó en su evangelio, muchos cristianos están tranquilamente identificados con valores y comportamientos tan claramente antievangélicos como el tomar el egoísmo y los propios intereses como la norma suprema de la vida, como el afán de enriquecimiento a toda costa, la corrupción, la competencia desleal, la injusticia, la violencia, la explotación de los débiles, la mentira, el robo, la infidelidad, el alcoholismo, la drogadicción, etc. Y todo ello lo compaginan con prácticas religiosas.

Se trata de una fe que no se expresa en una ética de solidaridad con los demás, de honradez, de justicia y de verdad. Decimos que somos creyentes, pero en nuestra vida personal, en nuestras relaciones con los demás, en nuestro trabajo, en nuestros negocios, en nuestro orgullo, en nuestra violencia, en nuestro machismo, en tantas otras cosas negativas, en nada nos distinguimos de los no creyentes que hacen eso mismo. A algunos de esos creyentes se les podrían aplicar, en cierta medida, las duras palabras de la Carta de Santiago: “también los demonios creen”.

Pasar de una fe heredada, precristiana, mágica, egoísta, ignorante y divorciada de la vida a una fe personal y cristiana, solidaria y comprometida con la vida es el objetivo principal de estas reflexiones.

Para el diálogo en grupos

¿Crees que esta descripción refleja la realidad de algunos que se dicen creyentes?

¿Qué otras enfermedades aquejan a la fe de la gente?

Seguramente nosotros no tenemos en grado preocupante ninguna de estas enfermedades, pero sí alguna deficiencias ¿Cuáles?